

*Ella* es la realizacion de nuestros sueños, la forma precisa de nuestros deseos..... la personificacion de nuestras esperanzas.

Raro es el hombre que al pasar de la infancia á la juventud no lleva en algun rincon de su pensamiento la imágen impalpable de alguna mujer desconocida.

Si es artista, será la imágen de una mujer espléndidamente bella.

Si es codicioso, será la imágen de una mujer espléndidamente rica.

Si es poeta, será la imágen de una mujer espléndidamente apasionada.

Cuando encuentra el original de tan misterioso retrato, el hombre exclama: «Ésta es..... es *ella*.»

Miguel no acertaba á separar los ojos de la ventana, y examinaba una por una todas las perfecciones que la naturaleza se habia complacido en reunir en aquel gracioso semblante; porque, ya lo he dicho, en la ventana en que el *corrector de pruebas* tenía fijos los ojos, habia una mujer movible y risueña como una niña.

Envolvian su cabeza magníficas ondas de

rubios cabellos, que brillaban segun el caprichoso movimiento de los rizos, con la claridad del raso y la profundidad del terciopelo; descendia la frente en línea recta, sobre la cual se destacaban dos cejas finas ligeramente arqueadas, debajo de las que se abrian dos ojos de un azul oscuro, brillando al traves de hermosas pestañas.

Aquel azul húmedo y resplandeciente asomaba bajo la extensa sombra de los párpados, como el azul del cielo al traves de las nubes rasgadas.

La nariz, de una correccion admirable, daba á su rostro una severidad encantadora, su boca sería ó risueña presentaba las líneas más puras con que el arte ha sabido contornear la boca de una mujer, y en sus labios inquietos aparecian á la vez la franca sonrisa de la alegría y el color sonrosado de la salud.

El rostro, suavemente ovalado, terminaba en una barba hecha expresamente para aquel rostro, de una blancura suprema, y las mejillas resultaban redondas, teñidas de esa transparencia purpúrea que se ve en los tornasoles del nácar.



La garganta, fina y flexible, se alzaba gallardamente sobre dos hombros de Vénus, y Miguel distinguía perfectamente en los extremos de los brazos dos manos de reina, es decir, dos manos rigurosamente aristocráticas.....

No era un tipo griego, ni un tipo hebreo, ni un tipo árabe, porque no era un tipo, sino un modelo; su belleza no quería decir: así deben ser las rubias, ni así deben ser las morenas, ni así deben ser las mujeres de África, ni así deben ser las mujeres de Asia, ni así deben ser las mujeres de América, ni así deben ser las mujeres de Europa..... decía pura y simplemente: así debe ser la mujer.

Si Eva no salió así de las manos del divino Hacedor, ignoro cómo pudo haber salido.

Esta bella criatura había seguido con la doble curiosidad de la mujer y de la niña los movimientos con que Miguel trazaba sobre la hoja arrancada de su cartera los abundantes números de su futura prosperidad; hubiera querido ver con sus hermosos ojos qué

escribía aquel jóven meditabundo y abstraído, apoyado sobre el pasamano de la ventana, y quizá pensó que escribía versos, imaginándose que sería un poeta, porque ella debía tener por cosa averiguada que los poetas habían de ser pobres y habían de tener la cabeza poco más ó menos como la cabeza de aquel jóven pensativo; y si pensó esto, debió pensar que serían unos hermosos versos.

Y claro está..... no atreviéndose á mirar frente á frente, miraba á hurtadillas, con tan atento oído, que algunas veces que Miguel movía los labios sumando ó restando, ella creía percibir el ruido armonioso de los consonantes.

Cuando el aire, llevándose de un soplo los cien mil duros que Miguel acababa de amontonar, dejó á éste en la cómica actitud en que ántes lo hemos visto, ella no pudo contenerse y soltó la carcajada.

Entonces el *corrector de pruebas* la vió, comprendiendo al punto que aquella prueba de la humana belleza no tenía nada que corregir.



No faltaba en ella ni punto ni coma..... y debió decirse, olvidando sus millones por un momento : ¡Preciosa vecina!.....

La vecina parece que entendió estas palabras apenas pronunciadas, pues bajó los ojos y se puso encarnada como una amapola.

Dos veces quiso levantar la vista, y dos veces se encontró con los ojos de Miguel..... Hubiera abandonado la ventana..... pero..... ¿por qué?..... ¿acaso era la primera vez que la miraba un hombre?..... No sabiendo qué hacer, hizo todo lo que hace una muchacha de quince años cuando la mira un hombre que no le es desagradable; cosas que las mujeres hacen muchas veces sin darse cuenta de ellas.

Debia tener una aguja en la mano, pues comenzó á mover el brazo derecho, como si trazára rayas, círculos y cuadrados sobre el alféizar de la ventana, y de vez en cuando soplabá para despejar sus dibujos oscurecidos por el polvo que la punta de la aguja debia levantar al correr sobre el yeso de la pared.

¡Dios sabe las figuras que trazaria su mano indiferente!

Después tosió tímidamente, como se tose cuando duerme álguien, á quien no queremos despertar.

Luégo puso el codo sobre el quicio de la ventana, y colocó la mejilla sobre el hueco de la mano, dejando competir la blancura de la mano con la blancura del rostro, lo sonrosado de sus dedos con el sonrosado de sus mejillas, el nácar de sus uñas con el nácar de su tez.

Así permaneció algunos momentos balanceándose, como si sus piés inquietos martirizáran algun objeto que tuvieran debajo.

Por último, sacó del bolsillo de su bata de percal de color de violeta un pañuelo blanco, que á Miguel le pareció finísimo, y comenzó á hacer y á deshacer nudos, tomando el pañuelo entre sus dedos las formas más caprichosas.

Salían de él lazos de diversas hechuras, que ella contemplaba un instante, satisfecha de su obra..... Hizo también del pañuelo un muñeco con sus brazos largos y sus largas



piernas, y de cuya cabeza, formada por un nudo, salía una punta que flotaba como una llama.

Esta vez se sonrió contemplando su obra, y Miguel descubrió detras del carmin de sus labios, dos filas de dientes menudos, blancos y apretados.

En un abrir y cerrar de ojos deshizo el muñeco, volviendo el pañuelo al sér natural de sus cuatro líneas y de sus cuatro puntas; lo dobló de un extremo á otro, formando lo que las mujeres llaman medio pañuelo, y los geómetras un triángulo.

El lienzo obedecía todas las indicaciones de sus dedos con docilidad pasmosa.

Cogió el pañuelo por las dos puntas dobladas, y alzando los brazos, que dejaron ver el gentil contorno de su talla, lo echó sobre su cabeza, anudando las dos puntas debajo de la barba, donde apénas llegaban, destacando el perfil más gracioso que puede imaginarse.

La blancura del pañuelo, debajo del cual se escapaban los rizos de su cabeza, hacía más brillante el oro aterciopelado de los cabellos

y realizaba el puro sonrosado de sus mejillas.

Semejante tocado hubiera hecho fea á cualquiera mujer ménos bella, pero el secreto de las mujeres verdaderamente hermosas consiste en que todo las embellece, ó más bien, en que lo embellecen todo.

Era un capricho de niña, que aumentaba poderosamente los encantos de la mujer.... sus facciones se destacaban con más pureza, con más inocencia y con más malicia; su boca parecia más expresiva y sus ojos tomaron, si es posible, más espacio, marcándose más la rasgada extension de los párpados.

El presunto millonario no pestañeaba, recogía todos los detalles de aquel bello conjunto con la avidez de una admiracion irresistible, y podía hacerlo, porque la preciosa vecina miraba á todas partes ménos á la ventana en que permanecía absorto el huésped de la señora Gertrúdis.

Detras de aquel semblante tan correcto y tan gracioso, tan reflexivo y tan alegre, se imaginaba que habia de residir un alma superior, tierna y enérgica, y buscaba una mirada, en la cual pudiera ver un destello del



ángel que debía ocultarse dentro de aquel cuerpo de mujer.

No es posible que la vecina adivinara estos pensamientos sin poseer la facultad de una penetración imposible..... pero es el caso que alzó los ojos y los clavó en el cielo, iluminado á la sazón por el sol que empezaba á ponerse, y Miguel vió en ellos un rayo inefable de ingenuidad y de esperanza.

Al bajar los ojos después de un momento de contemplación, vino á fijarlos indiferentemente en la ventana de que Miguel no acertaba á separarse, y al verlo, los bajó lentamente, inclinando la cabeza, y sin más ceremonia desapareció del marco de la ventana como una aparición que se disipa.

Aun la veía Miguel y hacia tres minutos que ya no estaba, y es que se le había quedado en los ojos, y claro está, no podía mirar sin verla.

En esto, el papel que había caído en el tejado de enfrente, se levantó nuevamente impulsado por una bocanada de aire, y empezó á volar, dando vueltas sobre sí mismo, como un pájaro sin pies ni cabeza.

Miguel se volvió por no verlo, pero al volverse retrocedió asustado..... Se puso pálido..... y dijo entre dientes:

—¡Qué demonio de mujer!

Era la señora Gertrúdis, que estaba detrás de él, y que al volverse lo miró sonriendo con la bondad más cruel del mundo.

—Ea, dijo la portera, no hay que asustarse..... soy yo, que no me meto en lo que no me importa.

—Me parece á mí, replicó el huésped, que ántes de entrar en una habitación donde hay álguien, se pide permiso.

—Permiso..... ¿y qué culpa tengo yo de que V. esté en babia? ¿le parece á V. que he hecho poco ruido al entrar por esa puerta?..... Además, ¿estaba V. haciendo alguna cosa mala?

—En fin, señora, exclamó Miguel, ¿hace mucho tiempo que está V. ahí?

—Acababa de entrar cuando V. ha vuelto la cabeza; le digo á V. que no he visto nada.

El huésped se mordió los labios, y la portera añadió:



—Créame V.; aún no puedo respirar de haber subido la escalera á escape.

Y en efecto, respiraba precipitadamente, como si le faltara aire al mismo tiempo que le sobraba, lo cual no le impidió el uso de la palabra, pues continuó diciendo:

—No sé lo que habrá V. hecho en todo este tiempo, pero se ha perdido V. una escena capaz de enternecer á las piedras. El Sr. Martin, con su cara de vinagre, y sus tremendos bigotes, y sus siete heridas, y sus siete cruces, y sus siete hijos, ha llorado como un chiquillo..... ¡Qué cuadro!..... Los pequeños, al ver llorar á su padre, se deshacían en pucheros..... Vamos, era un paso de risa que hacia saltar las lágrimas..... ¡Cuántas bendiciones..... cuántos sollozos..... cuántos suspiros!..... La señora Marquesa ya está fresca..... no sabe ella lo que ha hecho con tirar cinco duros á la calle.....

Miguel la interrumpió diciendo:

—Basta..... basta.

La portera tenía las lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios, y su huésped no se atrevía á mirarla por no verla sonreirse;

pero ella se le puso delante con la arrogancia del vencedor, y cruzando los brazos, dijo:

—Vamos á ver..... ¿qué quiere V. saber?

Él apartó los ojos y respiró con fuerza, del mismo modo que respira el que se siente oprimido por un gran peso y se esfuerza por resistirlo.

La señora Gertrúdis era implacable, pues con el tono más lastimero que encontró en el diapason de su voz exclamó:

—Válgame Dios, ¡qué suspiro!

—Señora, prorumpió Miguel, ¿es que va V. á tomar nota hasta de mis respiraciones?

—Ave María..... no permita Dios que yo me meta en semejante cosa..... Suspire V. todo lo que quiera.

—No trastrueque V. las palabras; no suspiro, sino respiro.

—¿Qué más da?

—Sí da.

Para doblar la fuerza de su afirmacion levantó los ojos y se encontró con la cruel sonrisa de la señora Gertrúdis. Vamos, aquella



sonrisa le atacaba los nervios..... Dió media vuelta y se sentó.

La portera se le acercó preguntándole:

—¿Quiere V. comer?

—Sí, contestó; me parece que ya es hora.

—Hola, exclamó la mujer; ¿hay apetito?

El huésped por toda respuesta dejó caer el puño sobre el tablero de la mesa, y la señora Gertrúdis salió á escape en busca de la comida.

Ella salió diciendo para sí:

—Harán una hermosa pareja.

Él se quedó murmurando:

—Esta mujer me va á conducir al crimen; un día la ahogo.

---



---

## CAPÍTULO VI.

El pájaro que queria volar no acierta ya á salir de la jaula.

*Post nubila, Fæbus.* Despues de la tempestad, el sol..... detras de las tinieblas, la luz. Despues de un dia nublado, frio, oscuro y triste, un dia despejado, resplandeciente, sereno y alegre: éste es el órden de todas las cosas.

En Madrid tiene el invierno algunos días de primavera. La atmósfera, transparente como un cristal, brilla iluminada por los rayos del sol; los pájaros cantan bajo las hojas de los castaños de las Indias, que poseen el privilegio de un verdor perpétuo; el agua, rompiendo las ligaduras del hielo que la tenía cautiva, corre por los cauces, salta so-